

RESEÑAS

La cena de las cenizas

GIORDANO BRUNO

Traducción, Introducción y Notas de MIGUEL ÁNGEL GRANADA

Tecnos, Madrid, 2015, 568 pp.

ISBN:978-84-309-6564-9, PVP: 20€

Este libro es de hecho una edición que se podría considerar “definitiva” del diálogo de Bruno, publicado en Londres en 1584. El experto en este autor, Miguel A. Granada, colabora en la edición de categoría internacional de los escritos brunianos, en la editorial *Les Belles Lettres* de París (de las *Obras completas* bilingües italiano-francés), y en muchos otros ámbitos es considerado como el máximo especialista en Giordano Bruno.

Es una gran oportunidad para los lectores de habla española interesados por la historia de la cosmología, que permite conocer los aspectos más extraordinarios y no tan conocidos del pensamiento de Bruno. La extensa introducción a este libro comienza analizando las diferentes interpretaciones, muchas de ellas sesgadas y que colaboraron a la impresión general de que Bruno era un visionario místico y poco informado de la verdadera ciencia cosmológica y además un revolucionario a ultranza, criticando la iglesia establecida con tal violencia que ello provocó su perdición. Pero la realidad es mucho más amplia y mucho más interesante.

Granada cita a autores como Koyré, que no obstante reconocía la modernidad y carácter progresista de Bruno, y a los que iniciaban una interpretación totalmente diferente como Frances A. Yates, que le califica de «mago hermético», desatendiendo por completo la dimensión epistemológica, metafísica o teológica de su obra. Para Yates, la obra de Bruno tenía un significado puramente alegórico y esotérico y convertía el asunto, de discusión astronómica en discusión teológica, en un programa además de reforma religiosa y política. Según esto, Bruno no habría entendido correctamente a Copérnico, al que se suponía seguir. Esta tesis de Yates ha tenido mucha influencia en otros autores, como Gosselin y Lerner, que son analizados por Granada en este texto introductorio. No obstante, dicha corriente interpretativa recibió las críticas de otros muchos autores, entre ellos Védrine y Westman, que reconoce sin embargo la importancia del hermetismo en Bruno, pero también que su

metafísica se basa en los principios de plenitud y de razón suficiente y en la necesidad de la producción infinita por parte de la potencia divina.

En esta línea se encuentra también McMullin, que estudia la obra de Bruno desde la perspectiva de la historia de la ciencia, opinando que no es estrictamente copernicano y que rechaza la posibilidad de una explicación estrictamente matemática del universo.

Bruno se declara copernicano «realista» en 1582 en París, señala Granada, y cuando llega a Londres en 1583, ya lo es en el plano cosmológico, aunque con importantes modificaciones que Granada explica de forma diáfana en su prólogo. Cita también Granada a gran número de otros autores comentadores de Bruno y analiza sus puntos de vista, dándonos un visión amplia de las distintas interpretaciones, más o menos fieles.

La influencia neoplatónica de Ficino es evidente en algunos de sus puntos de vista, como la idea de que están vivos los cielos y también los elementos, y que existe una naturaleza artista que pone todo en movimiento. La idea de la Tierra como un animal o ser vivo dotado de alma racional e inteligente también es adoptada por Bruno. Pero para éste no eran las esferas sino los astros o mundos mismos los que tenían en su alma el principio del movimiento. Los astros son como animales vivos, es decir, dotados de alma.

Un tiempo después, las lecciones de Bruno en Oxford son suspendidas, debido al aristotelismo y el radicalismo teológico protestante de su auditorio; para Bruno la filosofía debía ser independiente de la religión. Curiosamente, en su diálogo, Bruno llama a su personaje Teófilo, como harían después Spinoza y Leibniz.

La influencia de Maimónides se hace notar en su concepto de la divinidad: la amistad de Dios hay que entenderla en el sentido de que el conocimiento de Dios representa la perfección del hombre y esa amistad se ejerce sobre el sabio y sobre el filósofo y no sobre el vulgo, que vive de un conocimiento exclusivamente sensible. Bruno dice en *La Cena* que «la afirmación de la inmovilidad de la Tierra había llevado a Aristóteles a la perversión de la filosofía natural, estableciendo la realidad de la esfera de las estrellas fijas y por consiguiente la necesaria finitud del universo». Así pues, dice Bruno, «el movimiento de la Tierra y de todos los demás astros, junto con la infinitud del universo, refutan la existencia de las esferas celestes». Las ideas escolásticas de la época son rechazadas por Bruno con «la verdadera imagen de un universo infinito, eterno, idéntico a sí mismo en el espacio y en el tiempo». El espacio es un receptáculo infinito y homogéneo en el que todos los lugares son indiferentes.

Copérnico había separado la región de las estrellas fijas de los planetas del sistema solar, pero para él era un límite inmóvil del universo. Bruno rechaza las esferas cristalinas y también la esfera de la fijas. Hace falta una nueva forma de mirar, una percepción guiada y rectificadora por la razón. Y las afirmaciones de Bruno nos dejan asombrados por su perspicacia: «vemos las distancias y los diversos movimientos de

los cuerpos cercanos (los planetas) pero a partir de una determinada distancia todos nos parecen equidistantes y conservando sus distancias recíprocas (las estrellas), de modo que los que están lejísimos nos parecen inmóviles y situados a la misma distancia y lejanía de nosotros.» En cuanto a la diferencia entre estrellas y planetas, dice: «sus tierras (los planetas) de los otros soles no son visibles por razón de la distancia y porque son cuerpos de menor tamaño en la medida en que son proporcionales a sus soles, igual que estas tierras a este su sol, y porque los cuerpos con una luz prestada no conservan a tanta distancia el diámetro que los hace visibles como en cambio ocurre con los astros que brillan por sí mismos».

La influencia pitagórica se observa en Bruno por la antigua idea del fuego central, donde la Tierra y la Luna serían la Antitierra. La decisión de no abandonar la idea de las trayectorias circulares, como acabaría aceptando Kepler, provocaba muchas dificultades para explicar los movimientos mediante epiciclos y deferentes.

Por otra parte, no solo el Sol se mueve, todas las estrellas «fijas» se mueven. En cuanto a los movimientos de la Tierra no son solamente los de rotación y traslación, también hay otros movimientos que producen grandes cambios en las condiciones de la superficie de la Tierra e incluso del organismo o ser vivo terrestre en su totalidad. Hay una alternancia del mar sobre los continentes y viceversa, del frío y el calor, de lo habitable y lo no habitable, pues así el animal vivo que es la Tierra se renueva procurándose la inmortalidad. Los polos cambian también de posición.

En suma, esta edición es altamente recomendable, no solo por su erudición sino también por las perspectivas que abre sobre la intuición extraordinaria de Giordano Bruno.

Mary Sol de Mora Charles
UPV/EHU